

MI REPLICA A RIVERA

Cromos, 10 de diciembre de 1921.

L. C., 8 de diciembre de 1921.

Señor don José Eustasio Rivera — L. C.

Caro amigo: Aunque con un poco de retardo, debido a esta sabrosa pereza mía que me impide a veces, por semanas enteras, empuñar los trastos de escribir, doy respuesta a la carta literaria que me dirigiste desde las columnas de *El Tiempo*, correspondiente al 29 del mes pasado. Argüirás que habría podido responderte antes, ya que es público y notorio que nada tengo que hacer. Pero precisamente eso es lo que tanto tiempo me quita. De resto, puedes creer que tu misiva me proporcionó un rato de íntimo solaz y entretenimiento. Me encanta la modestia con que, a propósito de ti, traes a colación los nombres de Homero, Dante, Shakespeare y Hugo. Y encántanme, sobre todo, tus arres-tos militares, el garbo y brío con que saltas al palenque en defen-sa propia. Yo te creía hombre apacible y de mansa condición, como lo indica tu aspecto aburguesado y bonachón. Y hé aquí que arremetes contra mí con la lanza enristrada y a todo el correr de tu rocín. ¡Bravo, chico! Permíteme que te dé mis parabienes por tu actitud heroica y también por la erudición fresca (adquirida en Lima sin duda) con que disertas sobre estética, literatura francesa y otras materias de que antes sólo tenías muy vagas referencias. Tendrás de permitirme sí que formule algunas observaciones referentes al texto de tu carta.

Ante todo: ¿es vituperable, sí o no, tu actuación en la ciudad de los Virreyes como representante diplomático de un país que goza en toda la América Hispana de un merecido renombre intelectual? Yo he creído y sigo creyendo que sí. Tus mismos amigos íntimos y admiradores, los mismos que menean el incensario de tu honor con mano robusta e incansable, quedaron consternados al leer el malhadado reportaje publicado por la revista peruana *Mundial*. Aquello es —dicho sea sin que te atufes— algo soso e inepto que nos pone en ridículo a los ojos de los intelectuales peruanos. Tú alegas que hiciste cuanto te exigía el cargo que llevabas. ¿No le diste acaso a Colombia el honor de verse representada por el autor ilustre de *Tierra de Promisión* (tres edicio-

nes)? ¿No recitaste quizás versos de los portaliras colombianos en las reuniones limeñas? Puede ser. Pero eso no bastaba. Excepto ostentar presuntuosamente el nombre de José Eustasio Rivera, poeta de Neiva, cualquiera de nuestros señoritos vacuos y ostentosos habría podido hacer lo mismo que tú hiciste. ¿Qué digo? habría hecho más. Porque sus frívolas cualidades de gomoso de salón le habrían permitido, además de *hacer* figura decorativa, moverse entre las gentes del gran mundo, bailar el *fox-trot* de moda y decirles a las mujeres tonterías amables y bonitas. Sabido es que tú ni siquiera eso supiste hacer en Lima, dando asa para que la prensa de aquella ciudad elegante y mundana hablase con mal encubierta burla del encogimiento y poquedad de ánimo que se advertían en ti cuando las actuaciones de tu empleo te obligaban a concurrir a las fiestas y bailes oficiales. Todo aquello —fuerza es convenir en ello— fue triste y desairado. Pero, por lo menos en lo que a mí atañe, no me produjo sorpresa. Jamás esperé que hicieses en el Perú más de lo que hiciste. Quienes te han asegurado que yo di “gritos de alarma” al conocer la opacidad e insignificancia de tu actuación diplomática, abusaron de tu credulidad. Escribí acerca de ella porque no tenía tema mejor, y como habría aludes al hablar (metafórico estás) de las *cañabravas* y los árboles podido escribir sobre cualquiera otra sutileza. Tampoco es cierto que tu proceder hubiera producido en Bogotá la conmoción a que superiores. Tu megalopsia te hace ver las cosas infinitamente más grandes de lo que en realidad son. Todo el escándalo que hubo, a propósito de tus *gaffes*, se reduce a dos sueltos en los periódicos y cuatro charlas de corrillo. Nada más.

No quisiera, en estos renglones, hablar de mí mismo porque pienso que *le moi est haissable*, como dice Pascal. No obstante, lo hago constreñido a ello por ciertas frases de tu carta. Aseguras en ella, con enternecedora ingenuidad, que nunca me has considerado como “un gran poeta”, y que tu ignorancia no tiene noticias de mí. Hé ahí algo que me importa un pitoche. Pero si algo me afectase, podría consolarme pensando que eso no sólo te ocurre conmigo —humilde borrajeador de versos— sino también con innúmeros excelsos liróforos, a los cuales no te has tomado el trabajo de leer. Y aquí viene muy al caso decírtelo: jamás me he creído poeta. Jamás he bizarreado de poeta. Aunque en esta Beocia interandina se le otorga tan egregio dictado al primer grafómano que publica un mal tomo de renglones cortos —y quizás por eso mismo—, yo me he declarado más de una vez indigno de

aquel título. ¿Modestia? ¿Orgullo? Tal vez esto último. Cierto es que de higos a brevas suelo realizar modestos ensayos métricos, pero lo hago sin pretensión alguna. Como el divino Theo, podría decir: "Hago versos para tener el pretexto de no hacer nada, y no hago nada con el pretexto de que hago versos". Para mí la poesía es una íntima necesidad del espíritu, no, como para otros verseros que yo me sé, un adorno de plumas de pavo real o guacamayo. Por lo demás, gracias a una autocrítica severa —formada al través de largos estudios y lecturas continuas—, sé muy bien lo que en mi exigua producción vale algo y lo que no vale nada. Hela juzgado y justipreciado como habría podido hacerlo un censor exigente. De ahí que no me envanezcan los elogios ni me mortifiquen las censuras. El grave solitario de la *Imitación* lo ha dicho: "No serás más porque te alaben ni menos porque te vituperen".

Si tal es mi actitud como escritor, ¿cuál es la tuya? La de un hombre a quien están hipertrofiando el yo y la vanidad exasperada. Con ligeras variantes, repites el famoso *Poeta yo!*... de Silva. Pero enfuriado, porque un crítico adusto osó ponerles reparos a tus versos, haces algo que, en rigor, sólo le estaría permitido a un artista llegado ya a las cumbres de la gloria: defender tu propia obra y dar la norma que en lo sucesivo debemos adoptar para juzgarla. Aunque declaras que tal producción no es la tuya definitiva (dada la tierna edad en que estás), hablas de tus sonetos con eso que los místicos llamaban "delectación morosa". Es visible el amor paternal que te inspiran aquellos hijos de tu ingenio. Con voz conmovida, enumeras todos sus primores, gracias y lindezas; narras los agasajos de que son objeto por parte de propios y extraños, y, por último, haces notar cómo están exentos de las macas y defectos que afean a los vástagos de otros grandes poetas como Darío, Chocano, Herrera Reissig y Valencia.

¿Es esto no más? ¡Ca! No sólo hablas de tus hijos conocidos por el público. Aseguras, dando sus nombres, que tienes otros mucho más rollizos y lozanos, prestos a ser presentados también. En las primeras páginas de tu libro *Tierra de Promisión* (1a., 2a. y 3a. ediciones) se halla la lista de ellos. Verdad es que tus más íntimos amigos afirman que tales vástagos sólo existen en tu imaginación. Pero disculpan la vanidad con que los anuncias por considerarla un pecadillo venial que resulta hasta cómico.

Sí. Eres vanidoso, lo cual equivale a decir que no tienes orgullo, ya que entre éste y la vanidad hay una diferencia esencial,

casi un antagonismo. "Yo les he dejado la vanidad a los demás y he tomado para mí el orgullo", exclamó alguna vez D'Annunzio en frase que debiera tener presente todo artista. El orgullo es una virtud máscula; la vanidad, una flaqueza femenina. El orgullo le permite al creador de belleza bastarse a sí propio; la vanidad se engríe con la lisonja y sangra con la censura. Si en tu alma floreciera la flor roja y pecadora del orgullo, no habrías temblado hace un año, como temblaste, de que Don Lope de Azuero fuera a lanzar sobre tu obra poética un fallo adverso. La sola perspectiva de que el adusto Aristarco juzgase tus versos, produjo en ti el mismo fenómeno que produjo en Sancho Panza el temeroso ruido de los batanes. Rasch Isla, Liévano y yo nos reíamos afectuosamente de aquel miedo cerval, al cual sucedió la más desenfrenada fatuidad una vez que viste cómo Don Lope, en vez de zaherirte, hacía de ti una de las figuras del cacareado "triángulo lírico" en que el crítico figuró la joven poesía nacional. Desde esa época, te crees ungido y con derecho para "tocarles la nariz", como dices en tu carta, a los más altos portaliras colombianos. Olvidas que entre éstos están Valencia, Flórez, Londoño, Casas, Gómez Restrepo, y que, por mucho que te empines, apenas lograrás tocarles a aquellos armoniosos aedas la fimbria de la túnica.

Y aquí me ocurre hacerte una pregunta: ¿Cuáles son esos triunfos y esas coronas que aseguras haber rechazado? Me figuro que te refieres a ciertos Juegos Florales que se celebraron, hace doce años, en Ibagué, y en los cuales le fue adjudicado el primer premio —una medalla de oro— a la poesía enviada por Manuel Antonio Bonilla. Tú, que habías ambicionado vehementemente esa medalla para pavonearte con ella, colgada al pecho, ante las señoritas ibaguereñas, y que para obtenerla habías enviado también al concurso una poesía kilométrica, estuviste a pique de enfermar de ira al ver que un competidor se llevaba el anhelado primer premio. El jurado, para consolarte, te ofreció el segundo, consistente en una modesta medalla de plata, con la cual quedaba tu composición más recompensada. A pesar de eso la rehusaste. Tal es la famosa leyenda de los triunfos y coronas que no quisiste aceptar. Para algo se tiene —dirás tú— un "numen soberano" de "alas enormes".

¿Y qué decir de la erudición que estás desplegando para defenderte? Disertas acerca de la métrica francesa, de la filosofía del arte, de la poesía parnasiana y, en un raptó de elocuencia, pronuncias esta frase verdaderamente estupenda: "El que tope con

la Belleza o le dé vida, vivirá tanto como su obra". He ahí algo nuevo, original, único. Tu cultura mental es por tal manera vasta, que te permite citar escritores que nadie conoce aquí. ¿Quién es, por ejemplo, ese poeta Lecomte de que hablas en uno de tus artículos? Ahora caigo en la cuenta de que puede ser Leconte de Lisle. Pero en ese caso, amigo mío, cometiste un error inexplicable en ti. Es como si para referirte al Duque Job lo hubieras llamado el poeta Gutiérrez, o mejor, Gutierre, porque en el apellido Leconte cambiaste la n por m. De resto, tranquilízate. Este error se pierde entre el imponente raudal de erudición enciclopédica que desatas sobre nuestras cabezas.

Ya para finar tu carta, haces una declaración simpática: Los dardos que me lanzas —dices— no van dirigidos al hombre sino al escritor. Sobre el uno o sobre el otro —no importa— puedes desatar la tempestad de tus iras. Plagiando una frase del viejo Thiers, puedo decir que "soy un paraguas sobre el cual ha llovido mucho". Después de vivir un poco, lo único que me inspiran las flaquezas y vanidades del prójimo es un leve sentimiento de ironía y desdén. Y eso precisamente siento ante tus desplantes de engreimiento y candorosa vanidad.

Y con esto, hasta luego.

Eduardo Castillo.

SEGUNDA CARTA A CASTILLO

El Tiempo, 16 de diciembre de 1921.

Bogotá, diciembre de 1921.

Eduardo: Refiriéndome a tu carta del 8 del mes en curso, publicada en *Cromos*, contesto en la siguiente forma las preguntas que en ella me haces y los cargos que envuelven:

1ª) Me preguntas:

"¿Es vituperable, sí o no, tu actuación en la ciudad de los Virreyes como representante diplomático de un país que goza en toda la América Hispana de un merecido renombre intelectual?".

Te contesto:

Mi actuación diplomática fue la de un hombre serio y discreto: así lo han conceptuado y me lo han dicho el señor Presidente de la República, don Marco Fidel Suárez; el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Laureano García Ortiz; el doctor Antonio Gómez Restrepo, Embajador ante los gobiernos del Perú y México, y el doctor Fabio Lozano T., Ministro de Colombia en Lima. Si lo dudas puedes tomar el parecer de los señores citados. Y por anticiparte la opinión de nuestro Ministro en el Perú, transcribo, para solaz tuyo, un cablegrama sobre mi conducta diplomática y social, cuya copia, que me entregaron aquí, puedes ver cuando quieras: "Lima, agosto 16 de 1921.—Presidente Suárez.—Bogotá. Mañana sale Embajada. Deja magnífica impresión. Cumpló deber informarle Rivera paréceme, *por sus actos aquí*, apropiado para servicio diplomático, donde serviría brillantemente al país.—Lozano".

Invoco tu escrupulosidad de colega envidioso para que le preguntes al doctor Lozano, por cable, y a costa mía, si es verdad que dirigió la citada comunicación, si es verdad que ese concepto fue espontáneo y si es verdad que yo tenía conocimiento del referido cablegrama.

2ª) Me preguntas, después de confesar por primera vez tu insignificancia literaria: "Si tal es mi actitud como escritor, ¿cuál es la tuya? La de un hombre en quien están hipertrofiados el yo y la vanidad exasperada. Enfuriado porque un crítico adusto osó ponerles reparos a tus versos, haces algo que en rigor sólo le estaría permitido a un artista llegado ya a las cumbres de la gloria: defender tu propia obra y dar la norma que en lo sucesivo debemos adoptar para juzgarla. Es visible el amor paternal que te inspiran aquellos hijos de tu ingenio. Con voz conmovida enumeras todos sus primores, gracias y lindezas; narras los agasajos de que son objeto por parte de propios y extraños, y, por último, haces notar cómo están exentos de las macas y defectos que afean a los vástagos de otros grandes poetas, como Darío, Chocano, Herrera Reissig y Valencia".

Te contesto:

Si la vanidad exasperada consiste en haber asumido la actitud que me correspondía tomar ante ti y ante cuantos me denigraron mientras estuve ausente; si puede haber vanidad en confesar que mi ignorancia no conoce las obras literarias que hayas es-

critico; si la hay en defender mis sonetos, enfrentándome a un crítico filibustero que me dispara desde la trinchera de los seudónimos, por demostrarle la convicción honrada que tengo de que, sin aquilatármelos, me rasguña los versos, como pueden las ratas roer un libro; si la vanidad resulta de la afirmación, no desmentida aún, de que no hago versos cojos, ni versos con más de tres adjetivos, ni versos de ritmo dislocado, ni versos cargados de licencias poéticas, como sí los hay, ya unos, ya otros, en las poesías de Chocano, Valencia, Nervo, Othon, Silva y demás autores citados en mi primera réplica a Atahualpa Pizarro; si todo lo anteriormente enumerado hace la vanidad, es claro que soy uno de los hombres más vanidosos de Colombia, y que escasean los que, como yo, tienen, cuando llega el caso, el valor de echarse auestas la responsabilidad de lo que hacen, de lo que dicen y de lo que piensan. Mas nunca afirmé que mis versos tienen primores, gracias y lindezas, ni he narrado lo que de ellos se conceptúa. Te exhorto a que exhibas los fundamentos de tu aseveración; mientras tanto, seguiré creyendo que hablas de mala fe.

3ª) Me preguntas:

“¿Es esto no más? ¡Ca! No sólo me hablas de tus hijos conocidos por el público. Aseguras, dando sus nombres, que tienes otros más rollizos y lozanos, prestos a ser presentados también. En las primeras páginas de tu libro *Tierra de Promisión* (1ª, 2ª y 3ª ediciones) se halla la lista de ellos. Verdad es que tus más íntimos amigos afirman que tales vástagos sólo existen en tu imaginación. Pero disculpan la vanidad con que los anuncias por considerarla un pecadillo venial que resulta hasta cómico”.

Te contesto:

Están a tus órdenes dos libros nuevos, por si quieres comprármelos, o costear la edición de ellos o ayudarme a conseguir que la casa “Cromos” los edite. Ven a buscarme y discutiremos el precio.

4ª) Dices:

“Sí, eres vanidoso, lo cual equivale a decir que no tienes orgullo, ya que entre éste y la vanidad hay una diferencia especial, casi un antagonismo. El orgullo es una virtud máscula; la vanidad, una flaqueza femenina. (Me parece que estas frases son de Díaz

Rodríguez). El orgullo le permite al creador de belleza bastarse a sí propio; la vanidad se engríe con la lisonja y sangra con la censura. Si en tu alma floreciera la flor roja y pecadora del orgullo, no habrías temblado hace un año como temblaste, de que Don Lope de Azuero fuera a lanzar sobre tu obra un fallo adverso. Rasch Isla, Liévano y yo, nos reíamos afectuosamente de aquel miedo cerval, al cual sucedió la más desenfrenada fatuidad, una vez que viste cómo Don Lope, en vez de zaherirte, hacía de ti una de las figuras del cacareado "triángulo lírico" en que el crítico figuró la joven poesía nacional. Desde esa época te crees ungido y con derecho para *tocarles* la nariz, como dices en tu carta, a los más altos portaliras colombianos. Olvidas que entre éstos están Valencia, Flórez, Londoño, Casas, Gómez Restrepo, y que, por mucho que te empines, apenas lograrás tocarles a aquellos armoniosos aedas la fimbria de la túnica".

Te respondo:

"En casa del ahorcado no se mienta la soga". ¿Te parezco femenino? ¿En lo físico? ¿En lo moral? He desafiado peligros que, de ser confrontados por ti, habrían excedido al pavor que tú mismo te inspiras. ¿Deseas una prueba objetiva de mi masculinidad? Párate junto a mí para que nos vean: pareces un zancudo pegado a un hombre.

Jamás temblé ante Don Lope: si él me hubiera atacado me habría defendido resueltamente, *bastándome a mí propio*, sin preguntar cuál era el verdadero nombre de mi enemigo, como lo estoy haciendo ahora en Atahualpa. Si fingí timidez fue por no afrentar tu derrota y tu debilidad, por una delicada consideración de amigo, que jamás atendiste. Ya que me citas testigos, aclaremos el caso: siempre que de tu victimario se trataba, nos ofrecías "engullírtelo como a una rana", declamando que tus bigotes (?) olían a tigre. Y cuando el tremendo crítico te pulverizó, si esa es la palabra, chillabas unas veces, y otras, aseverabas no conocer la filípica, a pesar de que te la habíamos leído. Y es tal tu desfachatez, tan poco respeto le tienes al público, que en el escrito en que mordiste mi reputación dedicas párrafos enteros a gruñir contra Don Lope, por haber dicho éste que el verso "Pensar las mismas cosas y no decir nada" se lo habías robado a Samain y no a Rodenbach; y tuviste la inverecundia de alegar esto, cuando debías demostrar, sencillamente, que no eres escamoteador literario, porque para el estigma que llevas, lo mismo da que el verso sea de un autor o de otro, siendo ajeno y habiéndotelo apropiado.

Hay más todavía: cuando tu "Aristarco" me anunció su vapo-
leo, viniste a ofrecerme amparo bajo tu ala implume. "Ya conozco,
decías, la paliza que te prepara. Don Lope quiere reconciliarse
conmigo. Dice que el "triángulo lírico" lo formamos Rasch Isla,
tú y yo". Esta candidez no merece comentario ninguno.

Respecto de la *pellizcada de la nariz*, te equivocas de medio
a medio. No quise referirme a los poetas que citas, como puedes
ver en mi carta, sino a los "dioses nuevos" y principalmente a ti.
¿Entiendes?

5ª) Me preguntas:

"¿Cuáles son esos triunfos y esas coronas que aseguras haber
rechazado? Me figuro que te refieres a ciertos juegos florales que
se celebraron, hace doce años, en Ibagué".

Te contesto:

Los juegos florales en que me ofrecieron el primer premio,
anticipadamente, a condición de que escribiera un canto o de que
presentara un soneto inédito de los de *Tierra de Promisión*, el que
yo escogiera, no se celebraron en Ibagué, sino aquí, en Bogotá,
en 1917, cuando el centenario del sacrificio de Policarpa Salava-
rrieta. Esto no es un secreto, que de lo contrario, yo le habría ca-
llado siempre. Creo que *Gil Blas* en ese entonces me motejó por
no haber aceptado el triunfo.

No conozco los periódicos de Lima en que, según afirmas, fue
censurada mi actitud en el mundo elegante, ni creo en la existen-
cia de ellos, pues ningún pueblo culto, y menos el del Perú, se
convierte en censor de la condición personal de sus huéspedes,
particularmente si son diplomáticos. Quisiera saber cuáles fueron
esos diarios y qué dicen: porque, o has mentido, o la gentileza de
los periodistas limeños invadió campos que le son vedados. En
todo caso, denuncio tus afirmaciones a quien corresponde desmen-
tirlas.

Contestados uno por uno los cargos que en tu carta formulas
a guisa de interrogaciones, espero igual cortesía de tu parte, res-
pecto de mis preguntas de ayer y de hoy.

1ª) ¿Es verdad, sí o no, que has usufructuado los calificativos
de literato y de poeta?

2ª) ¿Dónde está tu obra, cómo se llama, dónde se consigue?

3ª) ¿Es verdad, sí o no, que has elogiado mis versos, de *motu proprio*?

4ª) ¿Es verdad, sí o no, que Don Lope de Azuero te llamó *cuatrero de las letras* y exhibió tus piraterías?

5ª) ¿Es verdad, sí o no, que no has probado nada en contrario?

En caso afirmativo ¿dónde se publicó tu defensa y en qué consiste?

Al final de tu carta me haces el ofrecimiento de tu persona. ¿Para qué? Sólo tu condición literaria me incumbe porque se la has entregado al público.

En todo lo que haces y lo que escribes, se denuncia siempre tu psiquis candorosa y sonámbula. Después del zarandeo de Don Lope, te brindé la oportunidad única de rehacer tu deshilachado prestigio poético, y hé aquí que vuelve tu prosa escuálida, hija de tu clorosis mental, a exhibir su invalidez para la polémica, con la agravante de que tú mismo te encargas de recordarnos que el de Azuero te clavó sobre la pasta de los libros ajenos, como a perniciosa mariposilla, y que allí yaces todavía crucificado. ¡Qué inhabilidad la que muestras para la lucha, qué golpes tan inútiles los que asestas, qué clase de armas las que te procuras! Parece que tu diestra no esgrime la espada sino el alfiler, y que por una baldía conmiseración no quieres derribar al enemigo sino que se retire de tu presencia. ¿Con que mis flaquezas te inspiran ironía y desdén? ¿De esta suerte vas preparando la fuga? ¿Escribirás mañana otra carta agresiva para anunciarme que no aceptas discusiones porque estás leyendo a Kempis y quieres poner en práctica sus consejos? No, amiguito mío. También comprendo que de todo lo que digamos no quedará nada y que aunque mantuviéramos un torneo interesante, ni ganaría la literatura ni se suspendería el curso de las estrellas; pero después de haber sido pequeño, no debes huir de la pequeñez, so capa de humildad, desencanto y sabiduría, mientras no hayas saldado tus cuentas con ella. Antes de publicar tu artículo de *Cromos*, debiste tener presentes las saluda-

bles máximas sobre la inutilidad de las envidias terrenales, y no injuriarme, contando con mi bonhomía, porque si hasta ayer fui pacífico, se debió a que todos eran mansos también. Mas hoy, al verme en la arena, ante el que me agredió por la espalda, me siento capaz de poner el ánimo al temple que las circunstancias requieran.

¿Qué importa que mi actitud te parezca un desplante? Ya, en ausencia mía, pegaron un tiquete sobre mi persona: "Vanidoso"; y el público, con igual criterio simplista, deja que lleves este otro; "Ilustrado". Paralela a la de mi ignorancia ha venido aceptándose a ciegas la especie relativa a tu vastísimo saber, y creo firmemente que ni tú ni yo vemos más allá de nuestras narices; que una cosa es el merodeo literario, realizado a ojos vistas en los huertos franceses, y otra la ordenada lectura de los libros sabios, hecha con honradez y paciencia, no a medianoche bajo los bombillos eléctricos de las calles, sino en el retiro de los claustros o en el sosiego oculto de la vivienda; que no debemos decir, "conozco a un autor", mientras no estemos familiarizados con todas sus obras; que en las charlas de café, en los corrillos, en las visitas, en las redacciones de los periódicos, cuando se desata la verba insustancial y hemorrágica de los sabihondos, es más decoroso callar como un ignorante, que discutir como un necio. "El que habla siembra; el que escucha recoge".

A propósito de conversaciones literarias, voy a hacerte una súplica: mientras no confieses cuáles son los bienes ajenos que están en depósito en tu producción, no sometas a nadie a la tortura de hablar de ella en país extraño, porque en todas partes hay agentes oficiosos, capaces de reconocerlos y reclamarlos. Tal pudo acontecer en Lima. Algo sabían allá por el duelo rimado con Céspedes; y cuando después de recitar unos versos que aquí publicaste, me hicieron repetir el nombre del autor, quedé en una expectativa angustiosa, temeroso de que se me pudiera tachar de introductor de contrabandos líricos, siendo diplomático de Colombia. Convie decírtelo de una vez: siempre que en el extranjero hablé de ti y me preguntaban si tus poemas eran originales, tuve que cambiar de conversación.

No sólo de esa manera fui paciente contigo: poco te ha faltado para enseñarme cómo se escribe una carta, cómo se arma un soneto, cómo se buscan los consonantes; interiormente me he reí-

do de tu idiosincrasia pueril, sin atreverme a destruir tu ilusión de sabiduría, a tal punto, que cuando el de Azuero liquidó tu quiebra, aparentaba yo ignorar los nombres de los autores despojados, y hasta reclamaba en tu favor, por no hallar otra, la razón ínfima de la coincidencia. Tal vez sin quererlo, contribuí a tu anquilosamiento lírico, porque si hubiera protestado contra tus defectos, cada vez que los exhibías, no te vieras ahora, como te ves, parásito de tus propios escritos, viviendo del autoplagio, sin haber en tres lustros adelantado nada en tu manera y estilo, dándonos como nuevas tus croniquillas de antaño, incapaz de producir, envidioso de la obra de los demás, obligado a ofrecer tus articulejos, puestos por el revés, como vestidos *volteados*. Lo que no obsta para —como lo hiciste conmigo y lo confiesas en tu carta— zahieras a los camaradas ausentes por no ocurrírsete otro asunto que trasladar al papel.

No sólo eso nos diferencia y distingue: fuiste declarado reo de improbidad literaria, y mientras no te vindiques, no debo abusar de tu condición de inválido para arremeter contra ti. Cuando te refociles, escoge tú mismo los temas de la discusión, y ven luego a buscarme, que me topará. Si quieres entonces enderezar tus furias contra mi obra, ahí la tienes; es mía, y la defenderé, porque para algo sirve el haberla trabajado en silencio como abeja hacendosa, en tanto que otro saqueaba las celdillas ajenas, zángano rapaz de las colmenas de Apolo!

Aún quiero ser generoso contigo: te doy plazo para que te sueltes la coyunda infamante que anudó a tu cuello Don Lope, pues podría pisártela en la contienda. No temas que te llamen "vanidoso", "orgullosa", "petulante" o cosa parecida, porque el escritor se debe al público, y a éste le importan más los escritos que los defectos de los autores. Hay que tener el valor de afrontar las injurias para probarle al prójimo que la obra literaria nos pertenece, nació de nosotros, y le dimos vida de acuerdo con nuestras ideas, procedimientos y manera personal; y si alguien, al avalorarlas, trata de anular nuestras producciones, estamos obligados a defenderlas por lo menos para que el público vea que no quisimos defraudarle jamás, y que si en nuestro haber aparecen troqueles mal acuñados, se los ofrecimos de buena fe, sin ser monederos falsos.

Vindícate, pues, de los cargos con que te aplastó Don Lope de Azuero, y no alegues que intentaste muchos meses después de

tu sacrificio, porque al fin y al cabo callaste, y las buenas intenciones no valen nada. Si no es humillante el consejo, imítame en lo que estoy haciendo con Atahualpa: ni siquiera he preguntado qué catadura tiene, y ya me ves discutiéndole, como si él representara la opinión del país. Es que la honradez literaria impone deberes ineludibles, y no está por demás recordarte que tus fetichistas viven deseosos de saber si es verdad que sorprendiste su credulidad insensata y merodeas todavía al favor de aplausos inmerecidos. Te cuadra, parodiándola, la célebre máxima de D'Annunzio: "Vindicarse o morir".

José Eustasio Rivera

EDUARDO CASTILLO Y JOSE EUSTASIO RIVERA

El Tiempo, 18 de diciembre de 1921.

L. C., 16 de diciembre de 1921.

Señor Director de *El Tiempo* — S. M.

Señor Director: En la carta que me dirige José Eustasio Rivera desde las columnas de su estimable diario, en su número de hoy, hallo dos afirmaciones que necesitan inmediata rectificación. Son las siguientes:

Dice el vate de Neiva, dirigiéndose a mí: "Cuando tu Aristarco (Don Lope de Azuero) me anunció su vapuleo, viniste a ofrecerme amparo bajo tu ala implume". "Yo conozco —decías— la paliza que te prepara. Don Lope quiere reconciliarse conmigo. Dice que el *triángulo lírico* lo formamos Rasch Isla, tú y yo".

Por manera rotunda y categórica desmiento tal especie. Jamás he pronunciado las palabras que en el párrafo transcrito se me atribuyen con audacia verdaderamente pasmosa. Yo vine a saber lo del manoseado triángulo lírico por Miguel Rasch Isla, uno o dos días después de publicado el artículo de Don Lope, que no leí hasta meses más tarde, cuando reté a una discusión periódica al censor de *Gil Blas*. Rasch Isla puede dar testimonio de lo que afirmo. Por lo demás, el embuste es tan burdo, que los hechos mismos lo deshacen. En la época a que alude Rivera, la per-

sonalidad verdadera del de Azuero era para todo el mundo una incógnita indescifrable. Por consiguiente, mal podría yo asegurar que el atrabiliario censor quería "reconciliarse conmigo". Aunque siempre he creído anchas las tragaderas del autor de *Tierra de Promisión*, no me habría atrevido nunca a tratar de comulgarlo con tan gorda rueda de molino. Queda, pues, probada su falsedad a este respecto.

Veamos la otra afirmación. Rivera me escribe: "¿Con que (sic) mis flaquezas te inspiran ironía y desdén? ¿De esta suerte vas preparando la fuga? ¿Escribirás mañana otra carta agresiva para anunciarme que no aceptas discusiones porque estás leyendo a Kempis y quieres poner en práctica sus consejos?".

Si estas deducciones las sacó el vate de mi carta de *Cromos*, juro a Dios que no ve por tela de cedazo. La carta que ha publicado hoy y las que me haya de dirigir en lo sucesivo, tendrán respuesta, y la tendrán más completa de lo que él imagina. En mi existencia de periodista he tenido que luchar más de una vez dura y enconadamente, y no será el amigo José Eustasio Rivera quien me haga echar pie atrás con su mohosa colada escuderil. Puede, pues, estar seguro de que sus arrestos bélicos tendrán empleo para rato.

Seguro de que el señor Director les dará cabida a estos renglones en su estimable diario, me suscribo de él afectísimo amigo y servidor,

Eduardo Castillo

SEGUNDA CONTRARREPLICA DE
EDUARDO CASTILLO A JOSE EUSTASIO RIVERA

Cromos, 14 de enero de 1922.

Joven aún: Aseguraste en Lima, con mal velada satisfacción, que un crítico tremebundo me había pulverizado. ¡Cuán lejos estabas entonces de pensar que los dispersos átomos de mi personalidad literaria te iban a dar tanto que hacer en cuanto retornases a esta Atenas criolla! Porque la verdad es que mis glosas acerca de tu actuación diplomática en el Perú, unidas a las mercuriales críticas de Atahualpa Pizarro, te han trastornado el cale-

tre. Tan aturdido estás, que por salir de un atolladero, das de bruces en otro mayor. Tal te acaeció al afirmar que habías rehusado las coronas con que te brindara la admiración nacional. Ya sabemos que lo hubo de cierto en este asunto. Sorprendido de la audacia con que sostenías un embuste injurioso para la probidad de los cinco caballeros que integraron el Jurado de los juegos florales de 1917, don Eduardo Posada, Presidente que fue de la entidad nombrada, desmintió solemnemente tu aseveración, dejándote en postura asaz desairada y ridícula. Lo propio me vi constreñido a hacer yo con respecto a las frases que descaradamente me atribuyes en tu última carta. ¿Qué responderás a esto? Responderás de fijo que todos los envidiosos de tus glorias nos hemos conjurado contra ti, decididos a perderte; y una vez más, declararás que te hallas dispuesto a luchar heroicamente, en descomunal batalla, contra los que te están bataneando las costillas, que a la verdad son muchos. ¿A quién no producirá hilaridad esta actitud de jaque de melodrama que, puesto en trance mortal, se decide a vender cara la vida? Sólo tu simplicidad campechana puede tomar tan a lo trágico una discusión periodística cuya insignificancia hace asomar una sonrisa a los labios. Pero tú no sabes sonreír. Ignoras, e ignorarás siempre como escritor, la frivolidad amable y la elegante ironía que les dan a las cosas su verdadero valor. Tu prosa solemne, campanuda y un tanto machacona produce una penosa impresión de seriedad y estiramiento burgués. No sorprendería hallar al perder ella la firma de *Monsieur Jourdain*, el héroe de Moliere.

Pero vamos al grano, es decir, a la carta que me diriges. Le das principio haciendo un fervoroso panegírico de tu proceder en Lima como diplomático de fuste y como poeta dandy y mundano, pero sobre todo como diplomático. El ansia de probar que tu paso por el Perú dejó allí una inextinguible huella de luz, se ha convertido para ti en verdadera obsesión. Anhelas así mismo, por demostrarnos que una vocación tardía pero imperiosa te arrastra con fuerza irresistible hacia el derecho internacional. Y, para lograrlo, transcribes un cablegrama en que don Fabio Lozano, Ministro de Colombia en el Perú, te recomendó a don Marco Fidel Suárez como "apropiado para el servicio diplomático". Y bien, ¿qué? Recomendaciones así se le dan por docenas al primer importuno que solicita empleo, y todas ellas van a parar al cesto de papeles inútiles que hay en cada despacho ministerial. ¿Tú, idóneo para ejercer cargos diplomáticos? ¡anda, salero! En todos los paí-

ses cultos, la diplomacia es una carrera que exige, de quien la sigue, una minuciosa preparación y estudios especiales. Y tú no tienes ni una ni otros. Sabes hacer versos medidos con cordel y aun se asegura que, como picapleitos, eres despabilado y astuto. Pero el Derecho internacional es para ti algo tan recóndito y arcano como la métrica francesa o los jeroglíficos de un ladrillo nínivita. No importa, dirás tú, convencido de que te bastará, para servir lucidamente un cargo de secretario de legación o de embajada, ir a mostrar en las grandes capitales de Europa y América el voluptuoso meneo de caderas que trajiste de Lima, y esa tu elegancia achulada y pinturera de galán de parroquia. De ahí que, si como literato apenas toleras las censuras, como diplomático hayas pronunciado el más rotundo *noli me tangere*. La misma poesía no sólo es para ti un adorno ostentoso, sino también un vehículo que puede conducir a todas partes, un medio de impetrar sinecuras lucrativas y pingües granjerías. Hubo, entre tus devotos, algunos ingenuos a quienes sorprendió que en el azacaneado reportaje de la revista *Mundial*, hubieras ensayado, sin venir ello a cuento, la apología del doctor José Joaquín Casas como hombre de partido. Nada, sin embargo, más fácil de explicar. Halagaste con tus sahumeros al jefe conservador porque sabes que es uno de los que, en nuestro país, tienen el mango de la sartén y de los que, cualquier día pueden repartir empleos y mercedes oficiales. No se te puede negar viveza, aunque quizás esta vez te pasaste de listo.

Descartados los párrafos de autoelogio con que principias tu carta, todo el resto de ella es un tejido de injurias contra este tu servidor atento. Por lo menos tres columnas de *El Tiempo* empleas en agotar, contra mí, el léxico del dicterio. Pero en vano se buscaría en la kilométrica misiva un rasgo de ingenio, una frase donosa o un giro elegante. Aquello es bajuno, pesado, farragoso, revelador de un espíritu adocenado y de una mentalidad plebeya. Hay entre tus invectivas, sin embargo, algunas que poseen una irresistible virtud exhilarante. Dices, por ejemplo, que comparada mi persona física con la tuya, tan bizarramente efébrica, parecía yo "un zancudo pegado a un hombre". Es cierto. Confieso que no puedo competir contigo ni en exuberancia de formas ni en vigor de bíceps. Debo, no obstante, recordarte que, según un principio de fisiología muy conocido, en el organismo humano la célula muscular prospera generalmente a costa del noble neurona en que reside la inteligencia. De ahí la proverbial

estupidez de los atletas, que la estatuaria clásica nos muestra con la frente deprimida y bestial.

¿Comprendes, Fabio, lo que voy diciendo?

Otra de las injurias que me irrogas consiste en repetir cien veces y de cien maneras distintas que yo te envidio. ¡Envidioso yo! Te contestaré con una frase de Cervantes, dirigida al apócrifo Avellaneda: ¡“De las dos envidias que hay, sólo conozco la santa, la noble y bien intencionada”. Son incontables los artículos que he escrito para elogiar a mis compañeros en lides artísticas, para revelar al público la producción de jóvenes aedos desconocidos. Apenas si habrá en Colombia un poeta que no tenga en su corona apolínea una hoja de laurel colocada allí por mis manos. ¿Qué digo? Hasta a la misma mediocridad presuntuosa han llegado mis voces de aplauso. ¡Y a esto le llamas tú ser envidioso! Pero aunque en realidad lo fuese, ¿qué te podría envidiar a ti? ¿Tus famosos triunfos diplomáticos? ¿Tu indumentaria pintoresca? ¿Tu obra acaso, inferior a la de muchos homéridas colombianos, si pesa a tu fatuidad?

¡Ah, tu obra! Hablemos un instante de ella. Dices que he elogiado tus versos, y es verdad. Algunos de ellos agradan el oído por la armoniosa rotación de las sílabas, pero nada más. Todo lo que has escrito es literatura, y yo, a ejemplo del autor de *Azul*, siento el horror de la literatura. La misma relativa regularidad y atildamiento estructural de tus estrofas, que tanto admiran tus devotos, contribuyen, en parte, a hacérmelas mirar con desvío. La estética parnasiana hace muchos años que está pudriendo tierra, y ya ningún portador de lira se preocupa, como se preocupó Leconte de Lisle, por hallar el perdido camino de Paros. El poeta moderno huye, artísticamente, de las frías cristalizaciones, de las concreciones definitivas. Más aún: procura que sus versos den la impresión de algo encantadoramente incompleto e indefinido. De ahí que se abstenga de decir todo lo que tiene que decir, para procurar al lector el placer de colaborar en sus creaciones, de poner en ellas un poco de su propio espíritu. Pensamos los hombres de hoy que el arte es sugestión y nada más que sugestión. De suerte que, para agradarnos plenamente, una estrofa debe hacer soñar, abrirle al alma lontananzas infinitas, despertar en la sensibilidad vibraciones intensas. Y eso no lo lograrán nunca composiciones que, como las tuyas, son producto de un cálculo paciente y de una habilidad meramente formal. Nada prueba en favor

de tus cantos que sean populares. Wilde lo dijo: "La popularidad es la corona que el vulgo le brinda al arte malo". Cierto es que en tu primera carta declaras que los sonetos de *Tierra de Promisión* no son tu producción definitiva y que ésta no la darás al público sino de un término de veinte años. ¿Olvidas, pobre amigo mío, que toda grande obra poética es —con muy contadas excepciones— obra de juventud? Las Musas —como dijo don Leandro Fernández de Morantín— le niegan su "favor divino" a la "cansada senectud". Casi todos nuestros grandes artistas —para hablar sólo del parnaso nacional— han hecho su siega de laureles en la lozanía de los años mozos. Sin duda unos pocos privilegiados, como Pombo, han conservado el don castalio hasta el declinar de la existencia. Pero esos privilegiados —a cuyo número no perteneces tú— son muy escasos, como dije ya.

Otro de tus cargos, el que me haces con más visible complacencia, consiste en repetir que yo soy un plagiario, cosa que sabes por Don Lope de Azuero. El divino Andrés respondió alguna vez que se le hizo acusación semejante: "Afirman los señores críticos que he plagiado a los poetas antiguos. Que vengan a mí y yo les mostraré en mi obra muchos otros plagios más de que no tienen noticias". Lo propio podría responderte yo si tuvieras derecho a motejarme de imitador. Pero no lo tienes. Un crítico te ha probado, textos en mano, que sueles hundir con frecuencia tu hoz en mies ajena. Y yo también te lo probaré cuando quieras. Además, ¿no has llevado acaso toda tu vida sobre los hombros la librea de Chocano? Si se estableciese un parangón entre mi personalidad literaria y la tuya, resultaría de él que el verdadero plagiario eres tú y no yo. Efectivamente, si alguna vez llegué a tomar de los versos de Samain, de Rodenbach o de cualquier otro poeta extranjero un pensamiento o un símil, empleélos en mis rimas como material de relleno, como algo accesorio y secundario. Y no alego en favor mío que lo propio han hecho muchos grandes portaliras, porque tengo el sentido de las proporciones y no quiero —a semejanza tuya— caer en la enorme fatuidad de equipararme con ellos. Por lo demás, ¿quién es el que puede alardear en nuestra época de decir algo no dicho aún? *Tout est bu, tout est mange. Plus rien a dire*, clamó el Padre y Maestro mágico en una de sus composiciones. Y en realidad, la única originalidad posible reside en la manera de decir las cosas, en el acento personalísimo con que al artista se expresa. Tal es, al menos, la que yo he ambicionado y la que a ti te hace falta por

completo. Le has robado al autor de *Alma América* no sólo versos e imágenes —lo cual resultaría en cierta manera disculpable— sino el timbre peculiar de sus cantos, lo que constituye su idiosincrasia como artista. Y ese sí es el verdadero plagio, el que no se puede ni se debe excusar. Cuando surgiste a la vida literaria, la poesía americana era ya un feudo del gran cantor peruano. Sin embargo, tú pretendiste y has pretendido siempre imitarlo, sin advertir que las orquestales resonancias de su lira anfiónica no permitirían escuchar nunca los modestos bambucos de tu bandurria tolimense.

No lo advertiste. Y huelga decir la razón de ello. Eres tan largo de presunción como corto de alcances. La vanidad te hace creer que con tus endechas al ganado lanar y vacuno has realizado obra de estupenda originalidad. Y esa pedantería —tus mismos amigos lo reconocen contristados— crece cada día como la espuma. Antaño, cuando yo te conocí, no era tan desafortada. Hasta llegabas a admitir que existían otros portaliras que el perillustre autor de *Tierra de Promisión*. Pero desde que Don Lope de Azuero te colocó en el resobado triángulo lírico, te hinchaste como la rana de la fábula. Y esto a tal extremo, que hay quien teme verte estallar de repente. El hecho de que el *Petrus Cunctis* de *Gil Blas*, el arriscado censor capaz de soltarle un palo al propio lucero del alba, admirase y ensalzase tus cantos, te llenó de beata satisfacción. Sólo una cosa te agradó tanto como aquellos elogios: las censuras que el crítico nombrado les prodigó a tus camaradas y, sobre todo, a mí. En el Perú proclamaste a los cuatro vientos que me había atomizado. Y ahora es visible el deleite que experimentas al repetir los duros conceptos que le merecí. Sólo una cosa no dices —*et pour cause*— y es que si Don Lope juzgó mi producción con ruda severidad, tuvo también para mí muy grandes y efusivas alabanzas. ¿Tan trascordado estás que no las recuerdas? Pues oye: En el artículo consagrado a Rasch Isla se leen estas palabras: “Al señor Castillo precisa abonarle el mérito de haber realizado en parte esta obra de aquilatamiento y de justicia (la que necesita la joven poesía colombiana). Con su fino sentido artístico, con su vasta cultura mental, con su devoción por la belleza, él podría asumir la responsabilidad de un sacerdocio tan augusto”. No soy yo quien ha de decidir si este elogio es merecido o no. Pero una cosa sí puedo asegurar, y es que el de Azuero jamás te lo habría dirigido a ti. Ni aun ahora que estás haciendo alarde de una cultura literaria que no tienes, y discurriendo acerca de métrica francesa, cuando es público y notorio que tú del

idioma francés apenas sabes lo que sabía el cerdo del romance de Gerardo Lobo.

Y ahora que de tu erudición se habla, permite que me expulse un poco sobre esa materia. Se me informa que, en tus mocedades, ejerciste de pedagogo. ¿Es esto verdad? No lo sé. Pero has adoptado en tus escritos, para defenderte, un tonillo desabrido y regañón que revela, a tiro de ballesta, al dómine rural de gorro de lana y palmeta. De ahí que sean inexplicables yerros gramaticales y los distales de a folio en que incidés a cada triquete, patentizando así que no te hallas del todo bienquisto con los maestros del buen decir. No te apunto semejantes *lapsus calami*, porque ya el crítico de un diario capitalino se tomó el trabajo de hacerlo. De resto pueden pasar, pues esta es la primera vez que escribes prosa. ¿Pero qué decir de los traspieses rítmicos y de los errores de medida que vician y afean algunos de tus sonetos? Tú afirmas en una de tus réplicas que no has hecho versos cojos, y añades soberbiamente que jamás se te ha podido probar lo contrario. Pues bien: yo te lo probaré. Abro el libro *Tierra de Promisión* y, hojeándolo al azar, doy con los siguientes alejandrinos, si así pueden llamarse renglones rimados, que, en vez de las catorce sílabas reglamentarias, tienen quince:

Van|bo|que|an|do|dis|per|sos|pe|ro el|a|gual|los|jun|ta|
y la|fi|la|pla|te|al|da|se|re|cues|ta al|pe|ñas|co|
y al|bu|ce|ar|en|el|cau|ce|de|re|cón|di|to a|si|lo|
pol|vo|re|an|do|de|pla|ta|la|flo|ri|da ar|bo|le|da|
al|chis|pe|ar|de|dos|o|jos, sue|na ho|rren|do|zar|pa|zo.|
El|cris|tal|es|pe|je|an|te|con|sus|som|bras|se a|zu|la.|

¿Quieres más? Pues bien: hé aquí otros versos que en balde pretenden ser endecasílabos, porque tienen, no ya once sílabas, sino doce:

Re|lam|pa|gue|an|do en|tre|la|no|che in|men|sa|
cor|ne|an|do el|fres|co|ma|to|rral|a|rran|ca|
y|la hu|me|an|te|na|riz|de|pron|to|rie|ga|
y hus|me|an|do el|mus|tio|pa|jo|nal|con|fí|a|
e|nar|ca el|cue|llo|y al|gol|pe|ar|del|tro|te.|

Esos versos, aquejados de lamentable cojera, serían disculpables en un artista poco preocupado de la forma, pero no se le pueden pasar a quien, como tú, se proclama parnasiano de cepa,

y por contera poeta de "numen soberano". En vano argüirás, como ya lo has hecho, que en la obra de los más grandes troveros de nuestra lengua se topa con lunares y defectos análogos. Sin duda. Pero ese argumento exculpatorio de nada te sirve. Los grandes maestros de la poesía son los grandes maestros. Y ellos rescatan las deficiencias de su producción —en toda obra humana las hay— con cualidades eximias de que tú careces. La candorosa suficiencia que implica hablar de Darío, Lugones, Chocano, Valencia, a propósito de tus sonetos, evoca, por su exorbitante comicidad, la frase de aquel clérigo que exclamaba en un sermón: "Dice el Espíritu Santo que la mujer mala es el azote del justo, y en ese particular su parecer concuerda en un todo con el mío".

A pesar de lo expuesto, ya nadie te sacará del magín que eres un erudito y que tu cultura mental es algo piramidal. ¿Pues no has levantado —como ya lo dije— cátedra de literatura francesa clásica? Muy seriamente, con grave suficiencia doctoral, nos explicas, discurrendo sobre esa peliaguda materia, qué es un *enjambement*, qué entienden los galos por rima rica y qué por rimas masculinas y femeninas. Algo, empero, olvidas decirnos: ¿Qué tienen que ver las témporas, digo, la métrica francesa con los versos de *Tierra de Promisión*? Nada. Absolutamente nada. Pero tú ansías deslumbrar a tus lectores. Probar que quienes te han tildado de ignorante se engañan por la mitad de la barba. Y por eso hablas, a humo de pajas, de cosas que para ti son nuevas, pero que para aquellos que hemos tenido algún comercio con los libros son familiares y más viejas que la sarna. Sólo a personas muy sencillas y crédulas podrás embaír con esos alardes de sabihondez. Lo que dices en tus disertaciones se halla en los cursos más rudimentarios de literatura francesa. También están en el Diccionario de Larousse, vertidas a nuestro idioma y al alcance de todo el mundo. Entre la pseudo-erudición de que gallardeas y la verdadera cultura mental, hay una distancia estelar. Y esa distancia no se salva sino con lecturas continuas y serios estudios. Ahora: retesabido es por todos cuantos te conocen íntimamente que tú, en materia de libros, no has leído con cuidado sino uno: el de los versos de Chocano. Verdad es que has sacado de él más provecho del que debieras.

Entre las interrogaciones numeradas que me haces en tu carta —y a las cuales creo haber contestado ya— hay una asaz graciosa. "¿Dónde está tu obra?" me preguntas. Nada me es más fácil que responderte. Durante quince años, día tras día, he escrito

en todos los periódicos y revistas del país. He publicado cerca de cien poesías (originales y traducidas) y más de cuatrocientas producciones en prosa, entre las cuales hay cuentos, artículos críticos y crónicas ligeras. He tenido varias polémicas periodísticas y he traducido siete u ocho libros de historia. Si escribir todo eso no es realizar una obra, mala o buena, ignoro lo que deba entenderse por semejante frase. Puedo, pues, decir con el orgullo del trabajador empeñoso, que tengo un activo literario. Pero todo él está disperso, y eso es lo que te hace juzgarlo inexistente. Cosa chistosa: desde que la Casa "Cromos" te editó los cincuenta sonetos que constituyen tus obras completas, tu ingenuidad cree que la *tomificación* es la máxima gloria a que puede aspirar un poeta. De ahí que, empinado sobre tu modesto libro de versos como sobre un pedestal, lances una mirada de jupiterino desdén sobre los infelices escritores que no han obtenido los honores de la edición. ¡Qué digo! Para ti, sólo cuentan como artistas aquellos que, a semejanza tuya, han dado a la estampa su tomito de rimas adornado con el propio retrato, en pose fotográfica. Quien no ande por el mundo impreso, encuadernado y empastado, que renuncie al nombre de poeta. ¡Pues no faltaría más sino que bastase hacer versos hermosos para conquistar la fama! La edición es, por lo menos, la mitad del genio del musageta. Dígalo, si no, la conmoción continental que produjo la revelación de ese monumento métrico que se llama *Tierra de Promisión*. Y a propósito de esto: no nos has explicado aún por qué hiciste figurar como tercera la segunda edición de tal florilegio, ni por qué nos anunciaste en su primera página la próxima publicación de siete obras tuyas más, que no existen ni han existido nunca. Tú, puesto por mí entre la espada y la pared, me dices en tu carta que pones a mi disposición dos libros inéditos de tu cosecha a fin de que yo les dé publicidad. Muchas gracias. Sólo que, aun dando de barato que esta vez afirmas la verdad, ¿se te puede hacer notar que entre siete y dos, media una diferencia de cinco obras? ¿Qué se te hicieron las otras? Sin duda algún sabio encantador, enemigo tuyo, te las arrebató y se las llevó por los aires para castigarte del feo pecado de engreimiento y fatuidad.

Para darles a estos deshilvanados renglones fin y remate, quiero hacerte, muy al oído para que nadie la oiga, una confidencia. Una confesión que sin duda halagará tu amor propio. Estoy arrepentido, hondamente arrepentido —lo digo *without irony behind*— de haber expuesto en letras de molde mis dudas acerca de tu valer como diplomático y como poeta. ¡Ah! ¡Qué hora acia-

ga para mí fue aquella en que por primera vez hablé de ti con irreverencia! Me has hecho llevar mi merecido. Me has infligido un castigo cruel al constreñirme a leer tu prosa. Y aquí viene como anillo al dedo la recordación de un cuentecillo que leí ya no recuerdo en qué viejo centón. Tratábase en él de un sujeto que, a similitud del divino cantor gibelino, hizo un viaje de recreo a los infiernos. El diablo se prestó, muy galantemente, a guiarlo al través de sus dominios donde el viajero vio cosas que sobrepujaban en horror a todo lo que puede imaginar la mente humana. Las torturas infligidas a los condenados eran de una variedad y de un refinamiento espeluznantes. Súbito, y cuando ya creía haberlas contemplado todas, su complaciente *cicerone* condújolo a un antro donde se veía un réprobo que al parecer no estaba sometido a ningún suplicio. De vez en cuando —y esto era todo— un diablillo que andaba por allí se inclinaba sobre él y le musitaba al oído no sé qué palabras misteriosas, lo cual le hacía lanzar al reo agudos alaridos de dolor como si estuviese en una caldera de plomo derretido. “No comprendo —exclamó el visitante— por qué se lamenta así ese condenado que no padece ninguna tortura”. “Al contrario —contestó Satanás—. Está sujeto a la peor de todas”. “¿Y cuál es ella?” preguntó el otro. “La de escuchar majaderías”, concluyó el Bajísimo con acento sentencioso.

Tal es, joven amigo, expresado en forma levemente hiperbólica, el castigo a que me has sometido con tus réplicas. Y todo por culpa de este mi maldito genio guasón. Quise darme el placer, un tanto malévolamente, de verte amostazado, y la broma que te gasté me está costando caro. Y lo peor de todo es que nuestra tediosa polémica amenaza con prolongarse. Descubriste, como el nombrado M. Jourdain, que sabías escribir en prosa, y este descubrimiento te tiene extasiado. Aun sé que acaricias el propósito de recoger tus cartas y artículos defensivos en un volumen para darles una decisiva consagración y evitarle a la posteridad el trabajo de buscarlos en los periódicos. Ante tal amenaza, ¿qué otra actitud resta que la de una cristiana resignación? Tal es, por lo menos, la que adoptará ante tus futuras réplicas este tu servidor atento,

Eduardo Castillo

TERCERA CARTA DE

JOSE EUSTASIO RIVERA A EDUARDO CASTILLO

Cromos, 28 de enero de 1922.

Bogotá, enero 20 de 1922.

Eduardo: El último escrito que publicaste en *Cromos* sitúa la discusión en el terreno de la más cruda agresividad; y aunque este procedimiento es el que te ha dado fama de polemista terrible, no corearé tus pullas porque el público es inocente de lo que oye y en algo debemos diferenciarnos tú y yo. Pienso también que la lengua es loca y que mi agresor no tendría cómo indemnizarme en su persona de las ofensas que me irrogara.

Conviene hacer resaltar una circunstancia que me favorece, contradiciendo tus juicios de última data: como escritor y como hombre recibí de ti, sin solicitarlos, elogios tan desmedidos, que parecen llevar el acento de la adulación. En tu conferencia sobre *Poetas jóvenes de Colombia* y en tu artículo intitulado *Un hombre*, me pusiste de peana tu propio espíritu, si fuiste sincero, y declamaste desde las columnas de *El Espectador* que los poetillas lunófilos —tal fue tu frase— debían tomarme como modelo de virtudes eximias. Bastó luego mi viaje al Perú y a México para que se esfumaran los merecimientos excepcionales, y es ya mequetrefe ridículo el que enantes fuera dechado de cualidades múltiples; y el *formidable apolonida*, el del portentoso dominio del instrumento lírico, el de los sonetos casi todos de impecable arquitectura parnasiana entre los cuales hay verdaderas joyas de arte, el del léxico opulento y pleno de colorido, el que llegó no pocas veces a una rara perfección estructural, el de las estrofas que evocaban los frisos del Partenón, el que tuvo acentos comparables a los de trompetas embocadas por fabulosos titanes, el vigoroso pintor de nuestra naturaleza exuberante, del alma oscura e incomprendida de nuestras razas indígenas, y de la gloria de nuestra magna epopeya, el que fuera entre nosotros, y acaso en el Continente, uno de los más salientes cultivadores de la literatura criolla, se convirtió, de repente, en un coplero lamentable y absurdo. Las gemas poéticas que me celebraste existieron antes del libro *Tierra de Promisión*, pero, puestas en aquellas páginas se menguó su encanto, se evaporó su esencia, se envileció su forma ¡Triste

cosa, verdad! Es que la belleza de mis poemas tenía la vitalidad y mérito que tu taumaturga imaginación les prestaba; mas apagado el foco protector que les diera luz, desaparece el milagro, y sólo queda la sarta de disparates, aburridora y plebeya. Tomen nota de este fenómeno los aedas a quienes has concedido la merced de un lauro para sus coronas; lo otorgas como una gracia, por la voluptuosidad vanidosa de ser magnífico, y lo conviertes en chamiza punzante cuando tu ceño de pontífice se arruga colérico.

Quizás el tono vigoroso de mi última réplica alarmó a aquellos lirófobos que, ganosos de mi derrota, te inyectan el virus de la odiosidad, sin darse cata de que te hacen perder el seso. En mi poder reposan las declaraciones comprobatorias del disfraz con que me acometes, porque ya me hiciste saber que tus palabras traicionan la consideración que me tienes. Basta comparar lo que acerca de mí decías, con lo que dices ahora. Por mi parte, declaro que mis conceptos relativos a tu valer literario nacen de una convicción clara y profunda, erguida sobre la base de lo demostrable. Cada una de las afirmaciones de mi carta anterior tiene su fundamento racional. Te llamé "zángano rapaz de las colmenas de Apolo" y confiesas tu culpa, advirtiendo que el público no se ha dado cuenta de todos los plagios por ti cometidos, y ofreces descaradamente, enseñarlos. Así me relevas de un trabajo tedioso, pues desde hace días adelanto el cotejo de tus escritos con los ajenos, para probar que si editara un volumen, podría intitularse, por sus innúmeros escamoteos literarios, *Antología Internacional*.

Doy de mano a este tópico, porque tu confesión al respecto es inapelable, aunque, tardíamente arrepentido de ella, ensayas esta pintoresca disculpa: "Efectivamente, si alguna vez llegué a tomar de los versos de Samain, de Rodenbach o de cualquier otro poeta extranjero un pensamiento o un símil, empleélos en mis rimas como material de relleno, como algo accesorio y secundario". Nada dices acerca de los poetas nacionales, ni del robo de versos enteros, pero juraría yo que ninguno tuyo supera a los que te robas, y esa es la ventaja que tengo al hacer las confrontaciones. Donde descuelle una frase atinada, o irradie un verso bello, ahí está el plagio; lo importante es dar luego con el nombre del autor despojado. A semejanza de ciertas gallinas, haces un nido de basuras al huevo ajeno. No sería malo recordar a Don Lope de Azuero para dar una muestra del modo como procedes en tus labores, joven rellenador. Podría dar la clave este soneto de Samain, citado ya por la revista Voces:

LA COUPE

*Au temps des immortels, fils de la vie en fête,
où la lyre élevait les assises des tours,
un artisan sacré modela mes contours,
sur le sein d'une vierge, entre ses soeurs parfaite.*

*Des siècles je regnai, splendide et satisfaite,
et les yeux m'adoraient. Quand vers la fin des jours
de mes felicités le sort rompit le cours,
et je fus emportée au vent de la défaite.*

*Vieille à présent, je vis; mais fixe en mon destin,
je vis toujours debout sur un socle hautain,
dans l'empyrée, où l'art divin me transfigure.*

*Je suis la coupe d'or, fille du temps païen;
et depuis deux mille ans je garde, à jamais pure,
l'incorruptible orgueil de ne servir à rien.*

La belleza del soneto anterior te sirvió de *material de relleno* para estos versos que llevan tu firma, en los cuales, como observó alguien, lo único digno de ti es el *museo fútil*:

A UNA COPA ANTIGUA

*Nadie con torpe labio te profana
y esbelta eriges tu metal sonoro,
de tus idilios áureos y tu coro
de danzantes canéforas, ufana.*

*En tus flancos melódicos se hermana
la verbena sutil al laurel de oro,
y así pareces digna del tesoro
del rey de una Thulé dulce y lejana.
Acaso forma musical te diera
el seno de una virgen hechicera,
y hoy en tu ínfacta perfección pregonas
en la penumbra de un museo fútil,
sobre la fina estela que coronas,
el orgullo real de ser inútil.*

Pero donde verdaderamente resultas extraordinario es en tus conocimientos de métrica. Bien dije yo, hablando de tu saber y

de mi ignorancia: "una cosa es el merodeo literario, realizado a ojos vistas en los huertos franceses, y otra la ordenada lectura de libros sabios, hecha con honradez y paciencia, no a medianoche, bajo los bombillos eléctricos de las calles, sino en el retiro de los claustros o en el sosiego oculto de la vivienda". Hoy, por una irrisión en la suerte, me toca ejercitar contra ti la palmeta del pedagogo y enseñarte a medir los versos, ante la sorpresa de tus parciales, en quienes has cultivado la idea dolosa de que todo lo sabes por ciencia infusa. ¡Qué humillaciones las que mi ignorancia le prepara a tu sabiduría! Calculo que con cuatro artículos más tu fama de técnico literario se confundirá con la fábula del asno flautista, cuya caña suena por casualidad.

Quisiste probar que es falsa mi aseveración de que no hago versos cojos, pero el esquema comprobatorio pone de relieve tu virginidad en estas disciplinas. Y no es que te guiara la mala fe al hacer los reparos, pues desalado anduviste, de aquí y de allá consultando a los *entendidos*. Nada sabes de métrica ni de prosodia, que de lo contrario, no hubieras cometido el dislate de ponerte a tiro de refutación. Escandiste torpemente mis versos, y cualquiera advierte que son los diptongos *ea* los que te hacen dar el traspies: *boqueando, plateada, bucear, polvoreando, chispear, espejeante, relampagueando, corneando, humeante, husmeando, golpear*. Amiguito mío: la mera pronunciación de estas voces deja notar que en ellas se forma una sinalefa interior, llamada *sinéresis*, de la cual puedes adquirir noticias en Bello, en Coll y Vehí, en Caro, en Cuervo y demás técnicos en la materia. Veintiséis casos distintos ofrecen las cinco vocales en sus diversas combinaciones, y cada uno se rige por una norma especial. Dice Bello: "Si concurren dos vocales llenas y el acento cae sobre cualquiera de ellas, no forman naturalmente diptongo: la práctica ordinaria de los poetas está de acuerdo con la regla precedente, pero no les es prohibido contraer las dos vocales y formar con ellas un diptongo impropio". Según Caro, los poetas son los que fijan la ley en estas cuestiones. Campoamor y Menéndez Pelayo escribieron, en su orden:

*Chispeando como rápidas vislumbres,
Vio centellear en la tiniebla oscura.*

Gracias a la sinéresis no se disuelven los diptongos en *ea* de *chispeando* y *centellear*, y estas voces se escanden así: *chis-pean-do, cen-te-llrear*. Igual cosa acontece con este verso de Valencia:

Amo el soneto como el león de Nubia.

Un técnico de tu calidad diría que tiene doce sílabas, porque dividiría el diptongo *eo* de *león*. Lástima, qué lástima que la sinéresis no se marcara con las peculiaridades castellanas en los versos franceses, para que la convirtieras en material de relleno de tu inteligencia. Para la próxima vez te dejo como lección una página de prosodia española más este ejercicio de métrica, consistente en medir bien los versos que dividiste mal. Tienen catorce sílabas los seis primeros y once los últimos. Para que no yerres, aquí está la pauta:

Van|bo|quean|do|dis|per|sos|pe|roel|a|gua|los|junta
y|la|fi|la|pla|tea|da|se|re|cues|taal|pe|ñas|co
yal|bu|cear|en|el|cau|ce|de|re|cón|di|toa|si|lo,
pol|vo|rean|do|de|pla|ta|la|flo|ri|daar|bo|le|da,
al|chis|pear|de|dos|ojos|sue|nahorren|do|zar|pa|zo,
el|cris|tal|es|pe|jean|te|con|sus|som|bras|sea|zu|la.

Re|lam|pa|guean|doen|tre|la|no|chein|men|sa
cor|nean|doel|fres|co|ma|to|rral|a|rran|ca
y|la hu|mean|te|na|riz|de|pron|to|rie|ga
yhus|mean|doel|mus|tio|pa|jo|nal|con|fí|a
e|nar|cael|cue|llo|yal|gol|pear|del|tro|te.

Atahualpa Pizarro, que en estos achaques es un Eduardo Castillo, con igual ignorancia y menos narices, cometió idéntico desahogado, atribuyéndole, para calumniarlo, doce sílabas a este endecasílabo:

En|ro|dear|el|po|tre|roy|la|ca|ña|da

Sapiente bardo, en vano tratarás de ponerles muletas a mis rimas. Para que sepas distinguir la cojera, te recomiendo este verso inválido que aparece en las ediciones de *Ritos*, y que debiendo constar de catorce sílabas tiene doce:

...Ya no volaba una
sola pareja de ibis rojos. La luna.

Aquí termina hoy mi tarea pedagógica en asuntos métricos. Sólo me resta observarte que no se dice *traspieses*. ¡Qué pensarán de este gazapo nuestros *papases*! Abrigo la convicción de que no sabiendo nada de métrica, tienes mayores conocimientos en esta materia, que en lo tocante a estilo es, imitaciones y carácter de la

obra rimada: mas como sería interesante discutir si es verdad o mentira que llevo la librea de Chocano, te reto formalmente a que aclaremos este punto, y espero que en tu próximo artículo expongas las razones de tu parecer, teniendo en cuenta que te pido razones y no frasecillas afeminadas y pringosas. Sería bueno ver qué tanto vuelas dentro de la atmósfera pesada de las teorías y de las comprobaciones, por donde yo trajino desde hace muchos días, ansioso de sentar bases para la defensa de mis sonetos. Debes mostrarnos que Don Lope de Azuero no se burló de ti exagerando tus capacidades de crítico, como lo hizo conmigo llamándome *gran poeta*.

Aunque es detalle que nada tiene qué ver con nuestra polémica, diré algo sobre los juegos florales de 1917, cuyo primer premio me fue ofrecido, anticipadamente, por varios miembros del jurado. Repito, empeñando mi palabra de honor, que no he mentado, aunque el doctor Posada desconozca la verdad de los hechos. Las leyes de la hidalguía me vedan hacer declaraciones capaces de comprometer a las personas que a mi discreción se confiaron, pero puedo invocar los testimonios de los señores Víctor Martínez Rivas y Antonio Quijano Torres, a quienes les fue ofrecido, sin secreto ninguno, y en idénticas condiciones, el mismo laurel, según me lo declararon, en presencia de algunos caballeros. *Gil Blas*, en su edición número 1847, correspondiente al 23 de noviembre de 1917, publicó un artículo intitulado *El desprecio de los poetas*, y entre otras cosas, dice: "En cambio, todos los poetas menores, o más bien, los que espigan entre versificadores y poetas, se apresuraron a dar lo que podían... ¡Y nadie había hecho un canto digno de la Pola! Y la heroína no tuvo una voz que la ensalzara, a pesar de que, como se hizo público en el salón de tertulia de *El Nuevo Tiempo*, y lo confirmaron luego Cornelio Hispano y Cuervo Márquez, después de declarar desierto el concurso, el jurado *ofreció el laurel a Rivera*, en cambio de que soplara la trompa épica de *San Mateo*. Pero el arisco y orgulloso bardo se enclaustró en su capricho, y otros lo imitaron, y la Pola, en la tierra de los poetas, no tuvo un canto... Disculpemos la calidad de las poesías premiadas en consideración a que si se insistía en declarar desierto el concurso, se mataba la más cara ilusión de las honorables damas que con tanto entusiasmo organizaron los juegos florales; mas reprobemos la culpable desidia o la orgullosa modestia de quienes, teniendo luz encendida, no la quisieron colocar en el ara de la mártir, cien años después de su holocausto sangriento".

El artículo en referencia está firmado con el seudónimo *Representante*, pero, como es sabido, debe tener firma responsable, y *Gil Blas*, a quien denunció este chico pleito, dará, si se lo preguntan, el verdadero nombre del articulista.

Y basta por hoy.

José Eustasio Rivera.

TERCERA CONTRARREPLICA DE CASTILLO A RIVERA

Gil Blas, 7 y 8 de febrero de 1922.

I

Estimable "pueta": Cada nueva réplica que me diriges es más pesada, tediosa y somnífica que la anterior. Si no fuera porque el odio y el rencor que denotan me divierten un poquitín, há rato hubiese cortado toda discusión contigo, no sin antes enviarte a freír espárragos. Decididamente estás energúmeno, chico. Convenido al fin de que en la lucha que sostienes llevas las de perder, babeas de coraje contra los críticos que te traen al retortero, y, sobre todo, contra mí. La carta que publicas en el último número de la revista *Cromos* acusa en ti una fiebre de furor rayana en frenesí epiléptico. Ahuecas la voz teatralmente y agitas con ademanes de pitre de feria el asador cocineril que te sirve de tizona. Tanta es tu ira que llegas a lamentar el no poder resarcirte en mi persona (tal es tu frase) del vapuleo que te he propinado, lo cual prueba plenamente que te sientes incapaz de defenderte con la pluma, en una justa de ingenio. ¿Conque quisieras experimentar en mí el vigor de tus puños? ¡Bah! todas esas son blandronadas que le cuadran muy mal a quien, como tú, ostenta ya una floreciente barriga esferoidal de burgués satisfecho y mansurrón. Tan inofensivo eres que acabaste en la pugna que sostienes con Atahualpa Pizarro por deponer cobardemente las armas. Los varapalos que, en nombre del citado crítico te aplicó Américo Mármol, te dejaron esquilado y mal traído para rato.

Ansiosamente, buscas en tu caquéxico caletre un ultraje que pueda hacer mella en mí. Y, con esa originalidad que es una de tus cualidades ínsitas, me lanzas al rostro la frasecilla de rúbrica: yo soy un plagiario, un imitador, un ruin copista. Y como es costumbre tuya derrochar el ingenio a esportones, transcribes de la

revista Voces, de Barranquilla, y del artículo de Don Lope de Azuero acerca de mí, los conceptos en que se me atribuye el haber plagiado un soneto de Albert Samain: *La coupe*. Así mismo transcribes el nombrado soneto y el mío, lo cual constituye mi mejor defensa, ya que el público imparcial y culto puede cotejar las dos composiciones y ver cómo no tienen más similitud que la del último verso. Sin duda habría sido preferible para tu fama de erudito en agraz el haber citado algún plagio mío distinto de los que anotó Don Lope en su crítica cominera y ratonil. Porque mira tú que asegurar, como aseguraste, que estabas estudiando mi producción poética a fin de revelarle al público mis calcos e imitaciones literarios, para venir a salirnos luego con algo tan manido y resobado como el cargo que me haces! Pero en vano sería pedir cotufas en el golfo, y a ti un conocimiento, siquiera sea superficial, de la moderna literatura francesa. ¡Qué vas tú a saber de versos de Samain! En esto, como en muchas otras cosas que te jactas de conocer, eres más ignorante que una carpa.

Es visible la delectación con que me motejas de plagiario. La palabreja te llena la boca. Dijérase que cuando la pronuncias se te deslía sobre la lengua una pastilla aromática. Tan seguro estás de que con ella me asesinas literariamente. Pero ya Rémy de Gourmont lo dijo: "En literatura no se mata sino a los muertos". Y a mí me han convencido mis críticos y mis enemigos que soy de los que viven. De resto, si yo fuese en realidad un plagiario, podría consolarme pensando que a los más excelsos liróforos del mundo se les ha hecho la misma inculpación. ¡Qué digo! hasta al mismo Nuestro Señor Jesucristo se le ha acusado de imitador. ¿No han pretendido acaso algunos heresiarcas irreverentes que las sentencias más sublimes y las frases más bellas del Divino Rabí se hallan en la ley mosaica, en el Eclesiastés, en el Talmud y en las obras de Filón y de Antígono de Socó? Pero no divaguemos. Aquí no se trata de lo que hayan podido hacer los grandes cantores de la humanidad. Se trata de dos mojatintas insignificantes y rapiegos: tú y yo. Y tú no tienes —vuelvo a decirlo— derecho para acusarme de plagiario. ¿No se te ha probado que lo eres en la forma más vituperable? Cierto es que la idea del último verso de mi soneto *La copa*, es de Albert Samain. Pero tú en cambio le robaste a Carducci, al que conoces traducido, una de sus más bellas y sugestivas imágenes. El excelso poeta ítalo comparó al buey con un "solemne monumento". Y tú dices refiriéndote también a un buey, que

*sobre la estrellada lejanía
surge como borroso monumento.*

Hete ahí, pues, cogido con las manos en la masa. El hurto es patente, claro, innegable. ¡Y luego tienes el *toupe* de acusar a los demás de calcos literarios! ¡Vaya con un tío descarado!

Y ahora que se habla de tus versos al ganado vacuno, permíteme que te narre una graciosa anécdota. Durante mucho tiempo, traté de explicarme la obsesión que sobre ti ejercen los toros, las vacas, los bueyes y los novillos. Me fue imposible dar con el motivo íntimo de tan curiosa preferencia poética, hasta que hace pocos días, hablando del asunto con un ingenuo bogotano, éste me dijo la anhelada clave del misterio.

“¿No sabes —me dijo— que José Eustasio tiene en los Llanos un negocio de ganado? Pues bien: los versos de *Tierra de Promisión*, son en el fondo, un reclamo que les hace a sus reses para venderlas a buenos precios”. ¡Y yo que no lo había adivinado!

Para probarte mi gratuidad por haber reproducido el soneto *La copa*, voy a darme el gusto de reproducir a mi vez uno de tu cosecha. Tiene aquí, y acullá, tal cual ripio. Pero a pesar de eso es una verdadera monada poética, como quien dice la flor de la canela. Allá va, pues:

*Un crepúsculo inmenso la imponente realza
de este río salvaje que en los montes se interna;
van silbando los bogas una música tierna
y a sentir el paisaje me reclino en la balsa.*

*Entregado a la brisa, mi cabello se alza:
en el agua un reflejo con las aguas alterna,
y en el seno purpúreo de la linfa materna
formo círculos amplios con mi planta descalza.*

*Al pasar bajo un palio de flexibles guaduales
le disparo a una ardilla que en los turbios cristales
viene a dar desgalgada de las trémulas frondas.*

*Listo un pez reluciente la sepulta en el charco,
y al momento una guadua, doblegándose en arco,
aflicta se queda santiaguando las ondas.*

Este soneto tiene una ventaja inapreciable: quien lo lea puede decir que ha leído toda tu obra, pues es como un corolario, como una síntesis de tu *manera*. Demás está decir que se trata de versos descriptivos. El escenario y los accesorios decorativos son los de

tu vieja e invariable tramova poética: el río salvaje, los árboles majestuosos, el crepúsculo inmenso, bogas, animales fluviales, etc., etc., etc. Me parece tener el cuadro ante los ojos: bajo la luz tramontana, el poeta José Eustasio Rivera, autor de *Tierra de Promisión* y de otras varias obras futuras no menos dignas de admiración, viaja en balsa por un río cualquiera. Los bogas que lo tripulan rodean al genio, con la devoción respetuosa con que se rodea a un dios tutelar. José Eustasio ha dicho: "Nadie me interrumpa que voy a sentir el paisaje", y hase reclinado, en actitud meditativa y romántica, en el fondo de la balsa. Pero el genio se siente melancólico. Esplínico. Aburrido. Y para distraer su tristeza, se pone a trazar en el agua, con la pata desnuda, figuras geométricas, signos cabalísticos y quién sabe si hasta una estrofa admirable que los hombres conocerán nunca. Pero no es eso todo. Al mismo tiempo que José Eustasio se entrega a esos *ébats préhistoriques*, que diría Jules Laforgue, siente el paisaje y les dispara con su escopeta a las ardillas. ¿Verdad que el sonetillo tiene gracia? A mí, por lo menos, me produce el efecto hilarante de un frasco de protóxido de ázoe que que me destapasen en la nariz.

Otra cosa tuya que me hace mucha gracia es la manera como pretendes probarme, en tu carta, que los versos que yo te censuré por claudicantes y cojos se hallan horros de toda luna y mácula. Para conseguir tal fin, sujetas tus endecasílabos de doce sílabas y tus alejandrinos de quince a una ortopedia muy discutible, merced a la cual parecen ellos andar rítmicamente, como si no tuviesen tuertas las piernas. Tu modo de argumentar y teorizar a este respecto es algo que admira por su sandez. Dices, en efecto, que hacer dip-tongo en la forma que lo haces, es emplear la figura llamada sinéresis. Y con esto crees haber dejado dilucidada la cuestión, como si bastase pronunciar el nombre de una corruptela para que la corruptela dejase de existir. No tuve necesidad de ir a consultar a los entendidos, como aseguras mintiendo con bellaquería, para saber que existe la sinéresis, y que esta es una licencia poética que puede disculpársele, como ya lo dije en mi carta anterior, a un poeta poco preocupado de las cuestiones de forma, pero nunca a quien, como tú, se da pisto de artista parnasiano. Sigo, pues, y seguiré sosteniendo a puño cerrado que los versos tuyos, citados por mí, están incorrectamente medidos. Y no hay nada tan cacofónico como un verso en que sobran sílabas merced al abuso de la sinéresis, como ocurre en el siguiente, de un poeta cuyo nombre no recuerdo ahora:

Así, la hija de Sión plañía su cuita.

Como se ve, al tal verso le sobran tres sílabas. Pero a ti te debe de parecer encantador porque está ajustado a la métrica ríveresca. Como lo está también el segundo del siguiente pareado, que he compuesto pensando en ti:

*No les cuadra a tus manos la palmeta
del crítico erudito, caro poeta.*

Aquí es preciso pronunciar pueta, que es lo que eres tú: un pueta que en vez de oído tiene una oreja más dura que los más duros pedernales.

Todo esto se te puede perdonar en gracia de tu proverbial ignorancia. Pero no es posible permitir que, para las necesidades de tu defensa, adulteres audazmente la obra de un eximio artista, como lo haces con un verso célebre de Valencia. Este jamás ha escrito:

Amo el soneto "como" el león de Nubia.

No comentaré el acto de mala fe que implica semejante audaz adulteración. La dejo a la apreciación del público sensato.

II

Estimable pueta:

Dicen tus admiradores que sigues las huellas de Chocano. Y lo dicen con la misma razón con que pudiera decirse que un carro de yuntas sigue a un tren expreso. Pero en fin, el hecho existe, y eso basta para que te desafíe a presentarme un solo verso del apolonida peruano en que éste haya formado diptongo enea. El artista, y sobre todo el artista enamorado de la pulcritud y aliño de la forma, no sólo huye con horror de las licencias poéticas. Como lo observa André Gide en sus pretextos, ama y busca complacientemente las dificultades y los obstáculos métricos y prosódicos para sortearlos en un alarde de vigor y agilidad. Pero aunque algunos portaliras de fama hayan hecho uso de tales licencias, eso no justifica que tú hagas lo propio. En su *Epístola a los Pisones*, Horacio ponía ya en solfa a los poetastros de mohatra, que, al imitar a los grandes maestros, consiguen copiar sus lunares y defectos, pero ninguna de sus cualidades. Tal te ocurre a ti con los portaliras gloriosos a quienes invocas como modelos. Por eso te viene como un guante la siguiente sátira, que Moliere pone en boca de uno de sus personajes:

*Quand sur une personne on pretend se régler,
c'est par le beaux côtés qu'il lui faut ressembler;
et c'est ne point du tout la prendre pour modèle,
ma soeur, que de tousser et de cracher comme elle.*

Sé que, a pesar de todo lo expuesto, tu terquedad y petulancia no se darán a partido en este asunto peliagudo de la sinéresis. Y por eso voy a hacerte una propuesta: sometamos el punto a don Antonio Gómez Restrepo, a fin de que tan alto e imparcial juez dirima nuestra controversia. Tengo al doctor Gómez Restrepo por el más noble mentor espiritual de la juventud colombiana, y por eso declaro de antemano que me arrimaré a su parecer, cualquiera que él sea. Creo que no tendrás inconveniente en hacer lo propio, si ya no es que tu proverbial fatuidad te impide acatar autoridades por encima de la tuya.

Y aquí viene muy al caso que te lo diga: jamás me he negado a reconocer los yerros en que haya podido incurrir. Por eso reconozco que tienes razón (¡oh rara casualidad!) al motejarme por haber escrito *traspieses* en lugar de *trapiés*, que es lo correcto, pues en dicha voz rige la misma forma para el singular y el plural. Pero, una vez rezado este *mea culpa*, te recordaré que el yerro en cuestión es menos que insignificante si se le parangona con los que ha hallado la crítica en tus versos y en tus artículos.

De ellos pasará a la posteridad aquel de que tu barca navega por no sé qué islas. Tal destino y otros similares que se te han escapado de los picos de la pluma, hacen, por su magnitud, temblar el misterio. ¿Y eres tú, tú, quien me tilda de ignorante? ¡Comendador, que te pierdes! ¿Cómo no pensaste, al estampar semejante afirmación en lo que dirían de ella quienes te conocen y me conocen? Imagino la carcajada homérica que habrán lanzado, al leerla, Nieto Caballero, Eduardo Santos, López de Mesa y otros intelectuales bogotanos. Decididamente no le tienes miedo al ridículo.

Se me informa que tu más fiero reconcomio contra mí nace de la creencia en que estás de que, con mis notículas acerca de tu actuación en el Perú como secretario de la embajada colombiana enviada a dicho país, he entrabado tu carrera diplomática. Olvidas, caro *pueta*, que no he sido yo el único que ha vituperado tu proceder en Lima. Son muchos los artículos que se han publicado últimamente en la prensa de todo el país catándote las del barquero en lo que se refiere a tu malhadado viaje a las Tierras del Sol. Tú,

sin embargo —y esto no es un misterio para nadie— estás intrigando para obtener el puesto de secretario de la embajada que nuestro Gobierno proyecta enviar al Ecuador con motivo de las fiestas centenarias de aquel país. Pero no caerá esa breva. Ya en el Ministerio de Relaciones Exteriores se sabe cómo desempeñas los cargos diplomáticos. De resto no habrá quién te recomiende para esa segunda salida. Antes de que fueras mandado al Perú, tenías, entre los periodistas y los intelectuales bogotanos, muchos amigos que apoyaban tus pretensiones y que habrían roto una lanza en lanza en favor tuyo si alguien se hubiese atrevido a tocarte un pelo de la ropa. Hoy, las cosas son muy diferentes. En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño. Tus acciones literarias, antes tan altas, están hoy por los suelos. Y ni tus propios espoliques osan defenderte, por miedo de que les caiga encima alguno de los palos que te están lloviendo sobre las costillas. Impasibles, han permitido que los periódicos del país te pongan como no digan dueñas, sin decir esta boca es mía. Ello te probará que tu sandia vanidad te ha enajenado muchas simpatías. Y te probará algo más grave aún: que las gentes te están viendo ya reducido a tus verdaderas proporciones: las de un modesto coplero, apropiado, cuando más, para desempeñar el cargo de secretario de una alcaldía rural.

Antes de despedirme de ti, quiero decir dos palabras acerca del párrafo de tu carta en que reproduces las apreciaciones elogiosas que alguna vez escribí acerca de tu producción poética. Soy de mío tan indulgente y magnánimo, que esas virtudes me han hecho, en más de una ocasión, estampar grandes desatinos. Porque desatinos, y no otra cosa, fueron mis laudes a tus versos. Pero no pienses que pretendo borrarlos. Por el contrario. Con tal de ver terminada mi aburrida discusión contigo —la lectura poética de tus mentecateces me está ya entristeciendo el azul—, soy capaz de confirmar semejantes alabanzas y aun de darte de nuevo con mi turíbulo en la nariz. Oye, pues. Declaro que eres el más grande de los genios que haya producido Neiva; que tu obra —la que darás dentro de veinte años, como quien dice, en las calendas griegas— es el *despiporre*, y que aunque ella no haya de existir jamás, bastan los títulos que les has dado a tus libros futuros para probar que eres el vate del *numen soberano* y de las *alas enormes*, cuyo *espíritu confina con la inmensidad* y cuyas *pupilas copian el infinito*. Otrosí: declaro que en Derecho internacional eres tan docto como en métrica francesa y egiptología, y que tu ingreso a la carrera diplomática señala el principio de una era gloriosa de nuestra

historia. Por último, declaro que los famosos sobretodos entallados que tan sugestivamente insinúan las curvas de tu cuerpo apolíneo, denotan el refinamiento exquisito a que ha llegado la elegancia masculina en el Huila.

¡Y todavía dirás que no te elogio y que tus laureles me impiden dormir!

Totus tuo.

Eduardo Castillo